

Y así es como el artista Morieu llegó a ser grabador del *Magasin Pittoresque*, después, al cabo de unos años, de *La Nature*, fundada por mi amigo Gastón Tissandier, y después de la *Illustration*, etc. Su hijo, Emilio Morieu, no menos laborioso y no menos hábil, ha sucedido dignamente a su excelente padre.

En este intermedio, el deseo de popularizar bajo una forma especial las enseñanzas de la astronomía, me condujo a publicar, en la fotografía de Alejandro Martin, una *Galería astronómica* en doce cuadros, llevando de un lado: 1º el Sol; 2º la Luna llena; 3º el cuarto creciente; 4º el tamaño comparado de los planetas; 5º la Tierra vista en el espacio; 6º Marte; 7º Júpiter; 8º Saturno; 9º los cometas; 10º el Zodiaco; 11º las nebulosas; 12º el cielo del horizonte de París; y en el reverso de cada figura, una explicación apropiada. Aquella fué mi décima obra (1867). Fué rápidamente agotada, y jamás se hizo una nueva edición.

XXII

Viaje a Normandía; Caen. — Guillermo el Conquistador. — El antiguo puerto de Dives y la variación de sus orillas. — Bayeux. — Tapicería de la reina Matilde. El cometa de Halley en 1066. — Flamanville. — Un guarda de faro rey de Jerusalén. — El rey de Araucania. — El Monte San Miguel.

Habiendo llegado las vacaciones pensaba tomar algunas semanas de descanso, haciendo para ello un nuevo viaje. Creo que los viajes nos instruyen quizás más que otras cosas. Varias atracciones llamaban mi atención. En primer lugar, el recuerdo de mi primer viaje al mar, al Havre, Sainte-Adresse, la costa brava y el cabo de la Hève, y mi reconocimiento hacia mis dos patrones tan desinteresados de la rue des Pêcheurs. Nos gusta ver cosas nuevas, pero nos aficionamos a lo que ya conocemos y, por un sentimiento contradictorio al placer de los viajes, estamos dispuestos a volver allí, mientras que al mismo tiempo ese sentimiento nos llama a volar hacia nuevas curiosidades. Pensaba pues en primer lugar volver al Havre, al cuadro marítimo tan encantador de Honfleur y de Trouville, y me trazaba un itinerario de viaje a Normandía, empezando por dichos puntos.

Tenía un vivo deseo de conocer el Monte San Miguel y la isla de Jersey. Por otra parte, un recuerdo un poco astronómico, la tapicería de la reina Matilde, en la que está representado el cometa de 1066, aparición antigua del cometa de Halley, era un objeto digno de ser conocido para un astrónomo que se interesaba en todo lo que toca, de lejos o de cerca, a su ciencia favorita, y me invitaba a detenerme en Bayeux, donde se conserva dicha tapicería. Por otra parte, también, M. Henri Martin me había expresado el deseo de verme dar una conferencia en Saint-Brieuc, donde debía hablar él mismo, en un Congreso céltico ilustrado por poetas de Escocia y el diputado de Saint-Brieuc, Glais-Bizoin, me había ofrecido una habitación en su hermosa casa solariega armoricana. Por último, un punto de la costa normanda me atraía por su desinencia : el cabo *Flamanville*. Jean-Jacques Rousseau, amigo del marqués de Flamanville, había habitado allí. Todas estas consideraciones reunidas me condujeron a ir a pasar tres días a Sainte-Adresse, y después tomar, en el Havre, un vapor que me condujera a Caen. Aquí me detuve dos días, durante los cuales se me dispensó el honor de nombrarme miembro de la Academia de Caen, cuyas Memorias anuales tienen un real valor. (El año anterior, durante mi permanencia en Langres, se me había hecho también el honor de nombrarme miembro de la Academia de Dijon, cuyas Memorias son igualmente muy estimadas). Voltaire cometió un error al burlarse de las academias de provincia, calificándolas de « jóvenes personas muy sabias que jamás hicieron hablar de ellas ». ¿No es agradable ser académico en cualquier país, y tomar asiento en sesiones que se toman en

serio y que lo son en proporción de la idea que cada uno se hace del acto, puesto que todo está en nosotros, y las academias de París, tienen en sí otra importancia más grande que la que le dan los periodistas? Suponed que nadie hable de ellas jamás; ¿los trabajos de los sabios, de los literatos, de los artistas y de los filósofos que las componen, tendrían por eso menos valor personal? Todas estas no son más que convenciones. La etiqueta no añade nada de serio. No creo, por ejemplo, que en la Academia de Ciencias de París, ningún geólogo haya hecho sobre los temblores de Tierra trabajos tan importantes como los de Alejo Perrey, en la Academia de Dijón, ni que en la Academia de Caen, el filósofo Charma y Julián Travers sean inferiores a sus colegas de la Academia de Ciencias morales y políticas de París. No es sin embargo por su Academia que la villa de Caen es célebre. Lo es por su historia; lo es por su majestuosa iglesia de Saint-Étienne, empezada en 1066 por Guillermo el Conquistador, que la destinaba a recibir sus despojos mortales, y en la que reposa, en efecto, pero ¿después de cuántas peripecias! Este primer rey de la Inglaterra moderna no duerme su último sueño en la capital de su reino. Sobre una losa de mármol negro de la iglesia de Saint-Étienne, se lee la inscripción siguiente que traduzco del latín :

AQUÍ YACE SEPULTADO

EL VENCEDOR GUILLERMO EL CONQUISTADOR,
DUQUE DE NORMANDÍA, REY DE INGLATERRA,
FUNDADOR DE ESTA IGLESIA, MUERTO EL AÑO 1087.

Mientras que yo miraba esta sepultura, el venerable M. de la Codre, que me acompañaba (M. de la

Codre es autor del libro : *Los Designios de Dios*), me refirió la muerte de Guillermo en el convento de Saint-Gervais, cerca de Ruán, el abandono por todos los que le rodeaban, de su cadáver dejado casi desnudo sobre el suelo, y el transporte de este cadáver, por agua, desde Ruán a Caen. En el momento en que se le abría la fosa, entre el coro y el altar mayor, a la que el clero se disponía a bajar el cuerpo, salió un hombre de enmedio de la multitud y lanzó el grito de *haro* (¡ Justicia !). Todo el mundo se paró extraño.

— ¡ Sacerdotes, obispos ! gritó el interruptor ; esta tierra que veis es el emplazamiento de la casa de mi padre ; el hombre por el cual rezáis me la quitó por la fuerza para construir en ella su iglesia. Yo no he vendido mi tierra, no la he arrendado, no le he perdido por prevaricaciones o alta traición ; no la he dado : me pertenece de derecho, y la reclamo. ¡ De parte de Dios, prohibo que el cuerpo del raptor sea cubierto con mi gleba !

Los asistentes confirmaron la verdad de las palabras de aquel hombre. Los obispos le pagaron tres francos por el sitio de la sepultura y le prometieron una indemnización equitativa por el resto del terreno ; con estas condiciones retiró su oposición. El cuerpo del rey estaba en un ataúd revestido con sus ropas reales. Cuando se le quiso colocar en la fosa, que había sido revestida de mampostería, resultó que era demasiado estrecha (Guillermo era de una gran obesidad), y fué necesario forzar el cadáver, y « reventó ». Se quemó incienso en abundancia, pero todo fué en vano ; el pueblo se dispersó lleno de repugnancia, y los mismos sacerdotes, precipitando

la ceremonia, desertaron inmediatamente de la iglesia. Tal fué el fin del orgullo del rey Guillermo.

Por mi parte, añadiré que, después de haber leído la vida de Guillermo el Conquistador, he guardado la impresión de que este hijo natural de Roberto el Diabolo no era más que un palurdo. Además, me he preguntado siempre por qué no había anexado la Inglaterra a la Normandía, en lugar de anexar la Normandía a la Inglaterra, y por qué había preferido habitar en Londres en lugar de Ruán. Después de su muerte, sus sucesores consideraron la Normandía como que pertenecía a Inglaterra. De su orgulloso cálculo ha resultado la rivalidad secular de la Gran Bretaña y de la Francia, y el programa de anexarse, después de la Normandía, la Bretaña, el Anjou, la Picardía y ; gradualmente, nuestro país todo entero. Los reyes de Inglaterra llevaron el título de reyes de Francia hasta el tratado de Amiens (1802), o sea durante 236 años ! En su ambición de ser « rey », Guillermo careció de tacto político. Era pues un simple militarote.

Pero nótese bien, que la conquista de Inglaterra ha sido hecha por los franceses tanto como por los normandos. Sobre la tapicería, se lee : *Franci in prelia, Franci pignant, etc.*

Los acontecimientos históricos nos interesan, aun cuando pertenezcan a la época de la barbarie, y en esto es en lo que los viajes nos instruyen más quiza. No se puede atravesar aquella comarca sin acordarse del embarco de Guillermo, en el puerto de Dives, para la conquista de Inglaterra, con una flota inmensa compuesta (si hemos de creer la Historia) de 67.000 hombres de armas y más de cien mil criados,

obreros y proveedores de una caballería considerable. Yo iba pues a visitar aquel puerto célebre, que busqué inútilmente. El mar se había retirado casi dos kilómetros, y vastos prados ocupaban y ocupan hoy el emplazamiento del antiguo puerto. En lugar de ser una vasta ciudad comerciante y populosa, Dives no es más que un pueblecillo de unos seis o setecientos habitantes; el silencio y la soledad reinan en la plaza donde se agitaba una población activa e industriosa. El Dives no es más que un humilde riachuelo. Allí se ha efectuado una transformación de orillas análoga a la de que he hablado en otro capítulo respecto a Sainte-Adresse, aunque de otro orden, puesto que en el cabo de la Hève el mar ha avanzado, mientras que aquí ha retrocedido.

Este capítulo de las variaciones de la geografía terrestre no es menos interesante que el de la política. Es la imagen del destino que nos lleva a todos hacia lo desconocido.

Después de Caen y Dives, iba a estudiar, a Bayeux, la tapicería de la reina Matilde, esposa de Guillermo. La Catedral de Bayeux fué consagrada en 1077 por estos dos personajes, pero el incendio y las reconstrucciones la han transformado mucho. Es un imponente edificio, que se eleva en medio de una población solitaria. No merecía la pena detenerse allí. Durante la guerra de 1066, la duquesa Matilde, que quedó en su palacio, ocupó sus horas de ocio, en compañía de sus damas de honor, en bordar una tapicería representando las fases sucesivas de la guerra, después los altercados de su esposo con Haroldo, y después la partida de la flota hasta la victoria de Hastings y el coronamiento. Esta tapicería se

conserva en el museo de Bayeux. No mide menos de 70 metros (70'34 m.) de largo, por una altura de 50 centímetros. Se compone de 58 grupos. El asunto que me interesaba más en esta escena, era el cuadro XXXII, que representa al cometa de Halley, y que reproduzco aquí como una curiosidad. En lo alto se lee *Isti mirant stella*, abreviación de *ISTI MIRANTUR STELLAM* (Estos contemplan la estrella). Los personajes que miran con extrañeza el cometa son de una ejecución y un dibujo que ofrecen la simplicidad de los primitivos. Tengo en este momento a la vista un facsímil curioso reproducido en grabado en los tomos VI y VIII de la Academia de Bellas Letras y publicado en París en frimario año XII (1804), con comentarios. En esta noticia, el autor dice: « Los escritores del tiempo hablan de la aparición de un cometa durante el mes de abril de este año 1066. Frecuentemente se ha dado este nombre a meteoros igneos ». Este buen comentador, académico de París; no sabe que un cometa es un astro, aunque todo el mundo puede saberlo desde Newton y Halley.

En el Compartimiento siguiente, Haroldo, que ha sucedido al rey de Inglaterra Eduardo el Confesor, parece inquieto sobre su trono, se levanta y toma un arma en la mano. Parte en seguida, para caer bien pronto bajo los golpes de Guillermo.

La crónica atribuye esta tapicería a la reina Matilde y a su corte femenina. Sin embargo, se notan en ella ciertos detalles ecuestres que no parecen ser la obra de mujeres.

Este cometa de 1066, decimos, es una antigua aparición del cometa de Halley, que reaparece a la vista de la Tierra cada 76 años por término medio, que los

astrónomos han observado desde el año 467 antes de nuestra era, y que, desde 1066, ha vuelto en 1145, 1222, 1301, 1378, 1456, 1531, 1607, 1682, 1759, 1835, y que acaba de visitarnos en 1910. He aquí un gran año, un año de 75 a 78 años, que varía según las perturbaciones planetarias y durante el cual el cometa pasa gradualmente desde los calores tórridos de un ar-



Fragmento de la tapicería de Bayeux, mostrando el cometa de Halley.

diente estío, a los fríos rigurosos de un glacial invierno. ¡Cuántos acontecimientos terrestres se suceden en la humanidad durante este intervalo de tiempo que no es más que un año para ese astro!

Durante su aparición, en 1682, fué cuando el astrónomo inglés Halley, reconociendo una semejanza entre las órbitas de los cometas observados en 1456, 1531 y 1607, con la del cometa que brillaba entonces sobre Europa, sospechó que bien podría no ser más que un solo astro, emprendió el cálculo y probó que

realmente era como él pensaba. Hasta allí se ignoraba completamente el curso de los cometas y se les tomaba por meteoros, como lo hacía todavía ciento veinte años después el autor académico de la Noticia sobre la tapicería de Bayeux.

De Bayeux, me fui a Cherburgo, ciudad y puerto demasiado conocidos para que yo detenga aquí a mis lectores. El papel de las Memorias es instruir sobre las cuestiones más variadas, pero no de presentar lo que tenemos ante los ojos. Entre Cherburgo y Granville, hay un pequeño puerto de refugio, Dielette, y allí pude encontrar un albergue con vistas al mar.

Este pequeño puerto está sobre el territorio de la Comuna de Flamanville, en donde deseaba conocer el palacio construido bajo el reinado de Luis XIV, en una admirable situación, y cuyo inmenso parque se extiende hasta el cabo. El cabo, cuyas rocas cortadas a pico forman quizás la parte más bella de las costas de Normandía, entre Cherburgo y Granville, domina el mar a una altura de unos cien metros en ciertos puntos, y deja entrever, aquí y allá, verdaderos abismos, rocas graníticas formidables y grutas y cavernas fantásticas. Hay una especialmente en la que entran las furiosas olas como si aquella enorme boca quisiera tragarlas. Es uno de los rudos y grandiosos cuadros de la naturaleza.

En una de las extremidades del parque, la que toca al pueblo, se eleva un pabellón en forma de torre, llamada de Jean-Jacques Rousseau, construido en 1758, por el marqués de Flamanville, para el filósofo ginebrino. Un día me atreví a llamar a la verja y pedí si se podía visitar el palacio y aquel pabellón. El jardinero se ofreció inmediatamente a acompañarme.

Cuando atravesábamos una huerta, salió una señora del palacio y se dirigió hacia nosotros. Me paré y me descubrí, mientras el jardinero me hacía saber que aquella señora era la marquesa de Sesmaisons, propietaria del dominio. Entonces avancé, presentándole mi tarjeta y exponiéndole mi deseo relativo al pabellón de Rousseau. Muy amablemente la marquesa me respondió que mi nombre no le era desconocido, y me rogó que pasara al salón.

El marqués de Sesmaisons, muerto hacía poco tiempo, había sido, si mal no recuerdo, embajador en Roma, en tiempos de Luis Felipe, y se puede ver en la iglesia de Flamanville un bello relicario conteniendo las reliquias de Santa Reparata, descubiertas en 1838, en las catacumbas de Roma, y dadas por el papa Gregorio XVI a la marquesa de Sesmaisons, que se las trajo de Italia. Durante su permanencia en Roma, había hecho, en el baile y las reuniones, el conocimiento del príncipe Luis Napoleón Bonaparte, el futuro emperador, del que había conservado el más agradable recuerdo. Un día que la marquesa se hallaba en París, alojada en un hotel de la rue de Rivoli, cuyas ventanas daban sobre las Tullerías, fué a pasearse por los jardines hasta la terraza a orillas del Sena, donde fué detenida por un grupo de paseantes que estacionaban delante de la verja, detrás de la que iba a pasar el emperador. Se deslizó entre la gente y pudo colocarse en primera fila, para ver mejor, pensando que no había vuelto a ver al monarca desde hacía quince años. El emperador salió de palacio y fué a pasar, en efecto, al lado de la verja. Sus ojos se encontraron con los de la marquesa : « ¡ Calla, dijo, la señora marquesa ! ¡ Cuánto

me alegre verla ! ¡ Cuántos acontecimientos desde las reuniones romanas ! » La señora de Sesmaisons me decía que, estupefacta de aquella memoria de un hombre tan ocupado como Napoleón III, se había sentido instantáneamente, a pesar de lo realista que era, ser sinceramente bonapartista.

La memoria de las figuras y de los nombres es seguramente la primera cualidad de los diplomáticos. En cuanto a mí, no tengo ni poca ni mucha. Por otra parte, jamás la he ejercido.

La señora de Sesmaisons era una mujer de mucho talento y de gran erudición. Tenía entonces dos hijos jóvenes terminando sus estudios, y uno de ellos es hoy el general conde de Sesmaisons. He dicho anteriormente que había encontrado en el puerto de Dielette una pequeña habitación con vistas al mar, en la que había instalado algunos documentos para escribir la *Historia del Cielo*, que la librería Hetz me había pedido. Mi habitación no estaba sino a tres kilómetros del palacio, por un magnífico paseo. La marquesa me invitó graciosamente a ir a hacer mis comidas al palacio, con ella, sus hijos y sus invitados, cuando yo estuviera dispuesto a ello, y hasta escoger en su biblioteca los libros que me fueran útiles. Me invitó también a ocupar el pabellón de Rousseau, lo cual no cometí la indiscreción de aceptar. Pero el palacio de Flamanville, el cabo fustigado por el viento de la costa y las rocas de granito fueron mi permanencia casi diaria durante dos semanas, conservando de ello un buen recuerdo.

Un día, sorprendido por la lluvia de una horrible tempestad, bastante lejos del palacio, no encontré refugio sino corriendo a abrigarme en el alojamiento

del guardián del faro. Al mirar los muebles de la habitación, reparé, dibujadas en la tapicería de la chimenea, las armas de los reyes de Jerusalén, que conocen todos los que han hecho una hora de heráldica.

- ¡Calla! dije al guardián, ¿de dónde viene esto?
- Esas son mis armas, respondió.
- ¡Cómo! ¿es usted rey de Jerusalén?
- Perfectamente.
- ¿Y aquí, guardián de faro?
- Sí, señor; con mil quinientos francos al año.
- ¿Usted es príncipe de Lusignan?
- Sí, señor, y he aquí la princesa, mi hermana.

En aquel momento llegaba a la habitación una mujer pequeña, vestida de negro y de apariencia muy modesta. Como continuáramos hablando sobre el mismo asunto, aquella mujer me dijo: «Puesto que parece que esta cuestión le interesa, tendré la satisfacción de enseñarle nuestros pergaminos auténticos y nuestros sellos».

La lluvia continuaba cayendo. Allí estuve más de una hora examinando aquellos documentos antiguos y solemnes, y me pareció que, en efecto, aquellas dos personas descendían realmente de los reyes de Chipre y de Jerusalén. Me contaron que tenían primos, de los que uno estaba en París, agregado a la corte de Napoleón, pero que no eran los verdaderos descendientes.

Siete u ocho años más tarde, como yo diera una reunión en mis habitaciones de la avenida del Observatorio, en París, vi llegar, presentado por el conde de Tocqueville, un personaje lleno de condecoraciones que llevaba, en forma de collar, un gran cordón

azul. — El príncipe de Lusignan. — Un momento después me enteré por él mismo de las diferentes ramas de esta familia de las cruzadas y de la autenticidad de la del guardián del faro de Flamanville, y tuve la impresión de que estas ramas eran numerosas y probablemente tan auténticas las unas como las otras. El último rey de Chipre (Jacobo III de Lusignan) murió en 1475, en Venecia y, dicho sea entre nosotros, robó á Chipre y suprimió su reinado, como el de Jerusalén lo había sido por los turcos.

Si los reyes en destierro y las majestades difuntas no son raras en Francia y en París, los soberanos de fantasía, se encuentran también en él con frecuencia. Un día del año 1868, se me anunció la visita del rey de Araucania y de Patagonia, Orllie-Antonio I, y me apresuré a recibirle con todos los honores debidos a su rango. Era un hombre hermoso, de larga barba negra, de unos cuarenta años, cuyo verdadero nombre era Antonio de Tounens, antiguo procurador en Périgueux, y que, en 1860, había intentado reunir las diferentes tribus de la Araucania, entonces divididas y en guerra con Chile, en un solo pueblo de que, de acuerdo con varios caciques, se había proclamado rey constitucional. La Araucania corta a Chile en dos: está limitada al norte y al sudoeste por esta república, al oeste por el Océano Pacífico y al este y sureste por la Patagonia, de la que se atribuyó igualmente la soberanía. La experiencia duró, por otra parte, bastante platónica, desde el 17 de noviembre de 1860 hasta el 5 de enero de 1862, fecha fatal en la que el monarca, habiendo querido pasar de la teoría a la práctica, fué cogido por el gobierno chileno y arrojado en una prisión. Era pre-

ciso oír la historia de su cautividad contada por el mismo héroe, convencido de haber querido crear allí una « nueva Francia », dos veces más grande que la verdadera, y no haber sido comprendido ni del emperador Napoleón III, ni de sus ministros, ni de los diputados, ni de los periodistas de París, ni (aun menos) de sus compatriotas de la Dordoña. De regreso en Francia, desde 1863, M. de Tounens no había perdido ninguna de sus ilusiones, y se preparaba a volver a la conquista de su cetro. Como todo soberano previsor, había creado una orden de caballería de la que debía nombrar miembros a los escritores que le ayudaran en su reivindicación. Varios de mis amigos, especialmente Étienne Carjat, estaban ya inscritos en el grado de comendador.

Yo le escuchaba con tanto más interés, cuanto que en una sesión de espiritismo, una mesa me había declarado, en 1862, que en la época de una existencia anterior, yo había sido el escritor español don Alonso de Ercilla, autor del poema la *Araucana*, en tiempos de Felipe II. Yo no tenía ninguna razón de admitir esta preexistencia, y había atribuido esta comunicación a la subconsciencia o a la habilidad del medio, eco de los escritos publicados entonces sobre la Araucania; pero había en esto una especie de línea de unión fluída entre mi interlocutor y yo, y me parecía que, en verdad, aquel hombre había sido realmente tanto rey de la Araucania, como yo había sido el autor de la *Araucana*.

Su nombre de ORLLIE (y no Aurelio, como se estaría intentado a escribir), me extrañaba un poco, porque es bastante difícil de pronunciar. Pero, en suma, no es sorprendente, como no lo era tampoco la tentativa

exótica de aquel monarca *in partibus infidelium*. Aquel buen hombre murió en la miseria en 1878.

En este mismo viaje de Normandía, de que hablaba antes, creí un deber ir a visitar el Monte San Miguel.

*
* *

Esta maravilla de la edad media se encontraba entonces completamente rodeada por las olas del mar. No se podía llegar a su emplazamiento sino en la marea baja o en una barca. En las horas de plena mar, era una isla perfecta. ¡Qué esplendor!

El ferrocarril no llegaba siquiera a Avranches — y aun menos a Pontorson. — Desde aquella época, un afrentoso dique, construido en 1877, une el Monte a la tierra. Este dique es simplemente un crimen contra el arte, una infamia y un vandalismo digno del tiempo de los bárbaros. El mercantilismo lo invade todo. Cuestión de ganar algunos cientos de hectáreas de malas tierras. Que se haya puesto un dique a las playas lejanas, pase todavía; pero que se haya buscado crear terrenos de cultura hasta los muros de la vieja población, es, repito, un verdadero crimen. Sería necesario, por el contrario, ahora que la cosa está hecha, cortar el dique a unos cien metros, por lo menos, de los muros, a fin de que, en las grandes mareas, el mar pudiera de nuevo rodear la fantástica montaña.

Avranches ofrece a la vista del viajero una situación espléndida, que se parece a la de Langres, pero más bella quizás, a causa del Monte San Miguel, del río Couesnon y de las mareas.

Llegué de Avranches a Pontorson sobre lo alto de una diligencia ocupada por admiradores de la Francia

imperial, de la Exposición Universal y de Napoleón III, que celebraban en todos los tonos las glorias del emperador, y me acuerdo, a este propósito, de un contraste bastante curioso. Á la bajada del carruaje y después de haber pedido un cuarto en la posada, seguí un corredor todo blanco, en cuyo fondo vi, escrito en gruesos caracteres, la cuarteta siguiente, que no rimaba ni mucho menos con el entusiasmo ditirámico de los viajeros de la diligencia :

Dans nos gloires nationales,
Les Napoléon sont rivaux :
L'oncle prenait les capitales,
Le neveu prend les capitaux.

Lo cual no es, por otra parte, más que un juego de palabras bastante injusto, y lo cual demuestra una vez más que, en viaje, se pasa muy pronto del azul al rojo y del blanco al negro.

Los viajeros o *touristas* están llamados a leer en los muros sentencias a veces tan extravagantes, como la siguiente, que se presentó a mis ojos en aquel hotel de comisionistas :

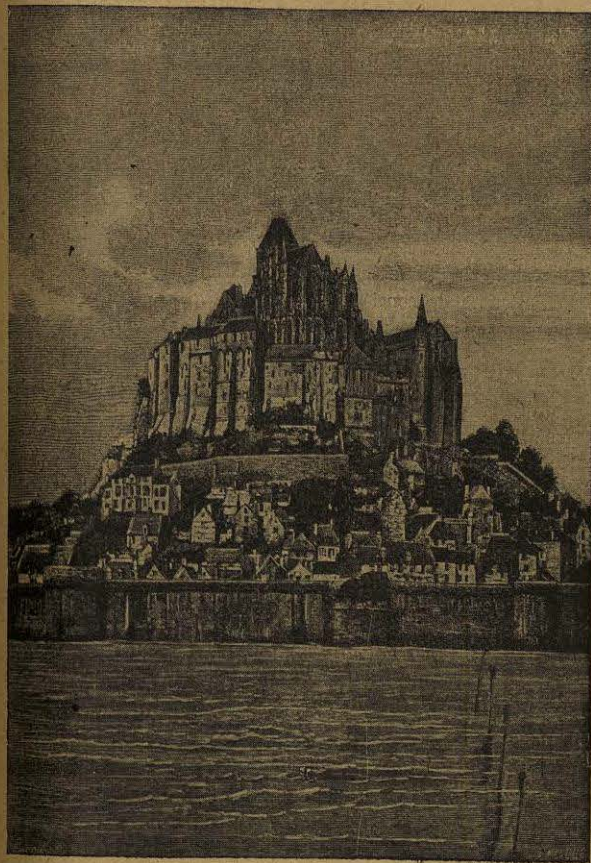
La vie est un désert qu'il nous faut traverser ;
La femme est le chameau qui nous le fait passer.

LAMARTINE.

(Aunque esta pueda ser una máxima árabe seria, no garantizo la autenticidad de la cita atribuida al autor del *Viaje a Oriente*.)

De Pontorson al Monte San Miguel hay diez kilómetros, que se pueden hacer a pie, y este camino reserva (reservaba sobre todo), las más agradables sorpresas, haciendo surgir gradualmente ante la vista el célebre monte, su abadía dominadora y sus pintores-

cas fortificaciones. La roca piramidal se elevaba poco a poco por encima del horizonte, en la bruma trans-



El Monte San-Miguel en 1867.

parente de la atmósfera, visión ideal cuya impresión parecía un poco a la que se siente la primera vez que se llega a Venecia. A través de la playa se llegaba a

la sola puerta de entrada de la antigua población. Tres horas no bastaban, como se pretende a veces, para visitar enteramente el Monte San Miguel; y yo me quedé allí tres días, y bien frecuentemente he vuelto allá después. Algunos años más tarde, hacia 1874, notaba, a la llegada una mujer muy joven, muy bella y muy encantadora, que descendía una pequeña escalera de la fortificación, de donde venía de inspeccionar la llegada de los viajeros, y se pensaba en las cariátides griegas de los tiempos del Partenón. Los tiempos antiguos y los tiempos nuevos se enlazan en una noble armonía, y de seguida se sentía el deseo de no atravesar el Monte San Miguel con la rapidez del viajero, sino en permanecer allí un tiempo bastante largo, porque allí no se siente uno friamente extraño, sino que se cree casi en su casa. Todos los viajeros del Monte San Miguel conocen a la señora Victor Poulard, todos han almorzado en su renombrado hotel, todos conocen sus tortillas, su sidra y su vino de Borgoña, y todos han admirado su actividad infatigable y recibido muestras de su oficiosidad perpetua.

El deseo de pasar el tiempo a través de callejuelas, en los jardines escalonados, entre las higueras, los almendros, las vegetaciones de los viejos muros, las tumbas de los cementerios, los árboles del bosquecillo, la fuente de Saint-Aubert, la casa de Duguesclin y de su mujer Tiphaine Ragueneil, astrónomo del siglo xiv, el camino de ronda de las fortificaciones, las barbancas, las almenas, las torres, las arcadas, las puertas arqueadas, las bóvedas, las criptas, las salas inmensas de la « Maravilla », (la sala de los caballeros es la más vasta y la más soberbia nave

gótica que existe en el mundo), las naves de la abadía, el claustro del siglo xiii y todo el resto de aquella isla sin igual, el deseo de pasar el tiempo, repito, en el seno de aquel noble pasado es lo que sujeta al Monte San Miguel, por una atracción interesante y perturbadora, al pensador transportado a cinco, seis, siete, ocho siglos atrás, o sea a tiempos desaparecidos para siempre. Ningún otro punto del globo da quizás esta sensación de vivir en el pasado feudal y en muros donde vivían aquellos caballeros, aquellos nobles, aquellos señores, aquellos abades, aquellos monjes que creían que su era de dominación no tendría fin y que duraría siempre. ¿Qué queda de todo aquello? Nada, más que un maravilloso vestigio.

Y no hablo del mar, que se divisa por todas partes y que, a las horas de las grandes mareas, envuelve al Monte hasta donde se pierde la vista, creando sin cesar cuadros cambiantes que varían con la luz, con el movimiento de las aguas y con los vapores. Una puesta del Sol vista de lo alto de la terraza de la abadía, es simplemente sublime, sublime sobre todo contemplada en la soledad. El rodeo del Monte San Miguel en barca, a la claridad de la luna, tiene algo de divino. Es una situación que no tiene igual en el mundo. Figúrese el lector que las playas enmedio de las que se eleva, no ocupan menos de 25.000 hectáreas que, descubiertas en la marea baja, quedan sumergidas en las grandes mareas por un espesor de 14 metros de agua en algunos puntos. En efecto, tal es, en las grandes mareas, la diferencia de nivel entre la alta y baja mar. ¡Dos mil quinientos millones de metros cúbicos de agua llegan allí bajo la influencia de la atracción lunar! He visto una vez que el agua

ha invadido toda la calle baja de la población e inundar el comedor del hotel.

La llegada del mar al Monte San Miguel en los días de grandes mareas es un espectáculo tan curioso, tan imponente y tan grandioso como el de la barra en Caudebec. Sentados sobre las rocas doradas por el Sol poniente, o de pie sobre los muros de la antigua fortaleza, allí esperamos su llegada. La distinguimos a lo lejos, hacia el horizonte del norte, donde se encuentran sus recientes vestigios en los lagos que las últimas aguas descendentes dejaron sobre las playas arrasadas. Diez horas antes solamente, toda aquella llanura inmensa estaba sumergida bajo el elemento líquido. En aquel momento la marea baja la había dejado al descubierto, y los pescadores o los curiosos pueden atravesarla a pie en todos sentidos.

De pronto, se empieza a oír un ruido sordo a lo lejos. Primero es como un simple zumbido de hojarascas, ligero, intermitente y ondulante con la brisa. Pero prestando mejor el oído, se nota que es permanente, y que se presenta en él la señal precursora de la inundación. ¡Desgraciado el pescador o el paseante que permanezca confiado en uno de aquellos islotes de arena ya seca por el sol! Más de uno ha pagado con su vida la imprudencia de dejarse sorprender por las invasoras aguas, lo mismo que en la marea baja más de un desgraciado ha muerto hundido en las movedizas arenas.

La oleada llega. La barra acuática avanza como un muro líquido, ondulante pero formidable. Todo el Océano está detrás de aquella muralla, y él es el que la empuja. ¡Ah! ahora distinguimos la forma del fenómeno, porque dominamos hasta muy lejos la

vasta llanura líquida. No es una línea blanca, no es una muralla, no es un torrente, sino una inmensa capa de agua, brillante como un espejo, que se extiende como un lago de mercurio, tranquila, suave, pero fuerte, poderosa, irresistible. Progresivamente, la primera capa avanza, segura de su fuerza, rechazando aquí las aguas del río del Couesnon que llega hasta ella, y extendiéndose allá como una gran mancha de aceite por todas las depresiones de la playa. Después viene otra segunda, que se extiende sobre la primera, la empuja, la domina, impidiendo toda vacilación, todo olvido o toda tardanza en la obediencia a las leyes de la naturaleza. Después llega una tercera, que avanza no menos veloz y no retrocede ya. Se extienden las unas sobre las otras empujando por todas partes la orilla móvil a lo largo de las playas invadidas, fundiéndose en seguida en ondas y oleadas, y bien pronto, en menos de una hora, el mar agitado se esparce por la inmensa bahía, rodeando enteramente la maravillosa isla, que parece un palacio de granito esculpido por un titán y dominando el espacio a una altura de más de ciento cincuenta metros por encima del nivel de las aguas.

Bajo todos los puntos de vista, el Monte San Miguel es una maravilla. El dique que lo une al continente, que impide en adelante que el mar lo rodee enteramente y que prepara la destrucción de las fortificaciones por el choque de las olas en el punto de llegada, es un acto de vandalismo del gobierno francés y del ramo de puentes y caminos. Al caminar por él, siempre he sentido no tener algunos cartuchos de dinamita en mi bolsillo y no poder abrir en él una buena brecha que el mar se encargaría pronto de agrandar.

Hablaba antes del río del Couesnon, que corre al oeste del Monte San Miguel, y que forma el límite entre Normandía y la Bretaña.

Parece que antiguamente corría al este del Monte que, hoy en Normandía, estaba entonces en Bretaña; un antiguo dístico lo recuerda :

Le Couesnon, par sa folie,
A mis le Mont en Normandie.

Desde estas playas movedizas, me fui a Dol, a Saint-Malo y a la isla de Jersey.

XXIII

La isla de Jersey. — Humphry Davy. Los últimos días de un filósofo. — Mi oncena obra. — Congreso de Saint-Brieuc. — Un incidente de ferrocarril. — Entrada en París y conferencias. — Filosofía astronómica. — Mentalidad humana; ambiciosos e intrigantes. — La avaricia. — Las conferencias de Vincennes.

La isla de Jersey, que no se encuentra más que a 20 kilómetros de la costa francesa — mientras que está a 140 de la de Inglaterra — es inglesa por consecuencia de la anexión estúpida de la Normandía a la Inglaterra en tiempos de Guillermo. En los primeros siglos de la monarquía francesa, era, no solamente francesa, sino hasta continental, porque no estuvo separada del continente sino con ocasión de la gran marea del año 709. Antes de esta época, se iba a pie hasta « Caesarea », como se llamaba entonces la villa de Saint-Hélier, por un extenso bosque, del que se encuentran aún vestigios a una débil profundidad. « Caesarea » ha hecho a « Jersey ». Es un país bien francés, o, por mejor decir, normando, y que ha conservado su lengua y sus tradiciones, aunque bajo la dominación nominal de Inglaterra.

El recuerdo de Victor Hugo, que se refugió allí des-